Nuestra Señora de los Remedios (Méjico)

CAPÍTULO II

Nuestra Señora de los Remedios

Sumario.—I. Origen de la Santa Imagen y su ocultación. II. Hallazgo de la Virgen de los Remedios. III. El moderno santuario. IV. Traslaciones de la Virgen á la Catedral.

I

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN Y SU OCULTACIÓN

El viajero que sale de Méjico por el ferrocarril nacional en dirección á Toluca, si al llegar á la estación de Naucalpan, dirige una mirada al horizonte, divisa el árido montecillo de Totoltepec que quiere decir *cerro de los pájaros*, coronado por la blanca cúpula de pintoresco santuario. Está dedicado á Nuestra Señora de los Remedios, por contener una imagen de la Madre de Dios, que desde los tiempos de la conquista ha sido el más grato embeleso de los moradores de la capital. Dicha imagen es de talla y de proporciones muy diminutas, por cuanto apenas mide 209 milímetros de altura; el divino Niño que lleva en el brazo tiene 140 milímetros. El rostro está denegrido por los años; sin embargo es objeto de tierno culto por su origen histórico y por los beneficios que ha dispensado.

Su origen, como hemos dicho, se remonta al tiempo de la conquista, pues la trajo de España uno de los compañeros de Hernán Cortés, que, según se cree, fué Juan Rodríguez Villafuerte. Al tiempo de embarcarse

para el Nuevo Mundo, se la había regalado un hermano suyo, religioso agustino, para que le acompañase y favoreciese, asegurándole que en diversas ocasiones había experimentado su protección de modo singular y palpable. Cuando Cortés entró en Méjico el 8 de Octubre de 1519, trató de derribar los ídolos para que fuera solamente adorado el verdadero Dios. Moctezuma le manifestó temor de que se exaltarían y sublevarían los ánimos de los indígenas y darían muerte afrentosa á él y á sus compañeros. El famoso conquistador, que era vehemente é impetuoso, no se acobardó por ello, sino que entrando en el famoso *teocalli*, con una barra de hierro derribó al principal de los ídolos, diciendo: «*á algo nos hemos de exponer por Dios*». Y en el acto colocó en su lugar el crucifijo y la imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Luego con la voz embargada por la emoción prorrumpió en esta ardiente plegaria: «Infinitas gracias te sean dadas, verdadero Dios y Señor de los siglos, que te has dignado, después de tantos años como ha que el demonio en este lugar ha tenido tiranizados estos reinos, y estas naciones engañadas con tantos errores, que por nuestras indignas manos seas puesto en compañía de tu santísima Madre en el trono de este altar, para que en él seas adorado y servido, como esperamos, con la debida adoración, que él te había usurpado, de estas innumerables gentes, y que el enemigo común sea lanzado eternamente á los abismos y destruído por tu divina presencia y la de tu soberana Madre. Suplicámoste, Señor y Redentor nuestro, que bendigas nuestras almas y que todo redunde á mayor gloria tuya».

La Virgen de los Remedios no tardó en acreditarse obrando muchas maravillas encaminadas á la conversión de los indios á la religión de Nuestro Señor Jesucristo. Efectivamente, éstos que habían guardado misterioso silencio, cuando Cortés derribó el ídolo, se le

presentaron días más tarde cargados de mazorcas y cañas de maíz secas diciéndole: «*Malinche*—este era el título que le daban—, mira lo que has hecho, y lo poco que te debemos por haber menospreciado á nuestros dioses y puesto los tuyos en el lugar que ellos tenían. Después que esto hiciste las nubes no han querido derramar lluvias sobre los campos, y con esto se van secando las sementeras. Por culpa tuya vamos á perecer de hambre».—«Lo que hice, respondió Cortés, bien hecho está, y para que veáis que vuestros ídolos no son dioses, ni los que dan ó retiran las lluvias que necesitan vuestras *milpas* (maizales), sino el único Dios verdadero, cuyo Hijo es el Señor que está allí y de quien es Madre aquella Señora, de hoy á mañana lloverá y tendréis un año tan abundante como no habréis conocido otro. Mis compañeros y yo le pediremos á la Señora, cuya imagen está en el templo, lo alcance de su Hijo omnipotente, cuya es la otra imagen». Hizo que el Padre Bartolomé Olmedo, de la orden de la Merced, que le había acompañado en el viaje, celebrase el augusto sacrificio de la misa; y efectivamente, pronto el cielo se cubrió de nubes que derramaron copiosísima lluvia. Este hecho fué tanto más notable cuanto que era á fines de Noviembre, época en que no llueve en Méjico, dado que el período de las aguas empieza á fines de Mayo y termina á principios de Octubre; lo restante del año es período de sequía.

En la noche del 10 de Julio de 1520 los indígenas se levantaron contra los españoles, matando 450 de ellos y más de 4000 indios auxiliares. Los demás huyeron despavoridos á refugiarse en los montes. La historia ha dado á esa noche fatídica el título de *noche triste*. Parece que Juan Rodríguez Villafuerte, que fué uno de los que lograron escapar de la matanza, llevó consigo la bendita imagen de Nuestra Señora de los Remedios, y

la ocultó en el cerro de Totoltepec, que dista dos leguas y media de Méjico y que en aquella época estaba cubierto de copiosa y abundante vegetación. Allí quedó escondido el precioso tesoro, hasta que el Señor fué servido que un indio afortunado la encontrase del modo que refiere la tradición, confirmada por escritores muy antiguos.

II

HALLAZGO DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS

En el año 1540 el cacique Juan *Ce Clautli* ó del Águila, vecino de San Juan, que iba todos los días al pueblo de Tacuba, al pasar por un lado del cerro de Totoltepec, le parecía oir una voz suave como de mujer que le decía: «Hijo, búscame en este sitio»; pero él no comprendía cómo ni dónde la debía buscar. Como estas voces se repitiesen varias veces, el indio fué á consultar á los religiosos franciscanos de Tacuba acerca de lo que había de hacer; mas ellos procuraron persuadirle que todo era vana ilusión, y aun lo amenazaron con castigarle severamente si volvía con el mismo negocio. Dócil á las exhortaciones de los religiosos, Juan guardó silencio en adelante; pero un prodigio vino á declarar la voluntad de la Santísima Virgen. Sucedió que subiendo Juan á uno de los pilares de la iglesia que se estaba fabricando en Tacuba, se derrumbó el pilar y le cogió debajo. Lleváronle moribundo á su casa y le administraron el sacramento de la Extremaunción. En la noche creyó ver á la Santísima Virgen que le daba una cinta y le encargaba se ciñese con ella. El hecho fué que á la mañana siguiente se levantó completamente sano con admiración de todo el vecindario.

Pasados algunos días fué el indio á cazar al bosque de

Totoltepec, y debajo de un magüey (1) encontró la imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Se acercó á ella reverente, y con la mayor ternura le dijo: «No estáis aquí bien, Señora; en mi casa estaréis mejor, donde os serviré con la reverencia que conviene á mi Ama y Señora». La tomó en sus brazos, la envolvió en su tilma, y la llevó á su morada, donde la tuvo en pacífica posesión sobre diez ó doce años. El Maestrescuela de la catedral de Méjico, D. Álvaro de Tremillo, con sólo ver la santa imagen, quedó prendado de ella, y consiguió que Juan le erigiera decente oratorio con altar, donde D. Álvaro celebró la misa.

Atraídas por la fama de las bondades de María de los Remedios acudían innumerables personas á visitarla, y el pobre indio por atenderlas, no podía acudir á su trabajo. Para solucionar este conflicto obtuvo licencia de colocar la imagen en la capilla del vecino pueblo. Enfermó de gravedad; y atribuyendo su mal á ingratitud para con la Reina del Cielo, le construyó en el cerro de Totoltepec una modesta ermita de adobes. Los historiadores antiguos de la imagen, como Cisneros, Florencia y Carrillo, refieren como un hecho que nosotros estimamos apenas como piadosa leyenda, que el indio al verse enfermo se hizo trasladar al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y que tan luego como pisó los umbrales de la iglesia, oyó que la Santísima Virgen le decía: «¿Á qué vienes á mi casa, si me echaste de la tuya? Y ya que me arrojaste de tu casa, ¿porqué no me volviste al lugar donde me hallaste? Vuelve á tu pueblo, convoca á los vecinos del distrito, y diles que en el lugar

(1) Magüey es el agave mejicano, planta como la pita, de la cual por incisiones en el tronco se extrae un líquido azucarado, que fermentado es el pulque, bebida de color blanco como leche, y que reemplaza al vino por la escasez de viñas que hay en el país. Desgraciadamente los indios abusan de este don de Dios.

del cerro donde me encontraste, me hagan una casa pajiza con altar de piedra». Añaden que el indio obtuvo curación radical de sus males, y la ermita se edificó en pocas semanas.

Veinte años permaneció Nuestra Señora de los Remedios en tan modesta ermita, recibiendo culto ferviente de los pueblos circunvecinos. Mas luego se enfrió ese ambiente de piedad, y la ermita quedó abandonada y desierta. El musgo crecía en las paredes y en el piso, y los animales penetraban á guarecerse de las inclemencias del aire. La divina Providencia dispuso que en el año de 1574, el regidor D. García de Albornoz, siendo obrero mayor de la ciudad, pasara por Totoltepec, y viera el miserable estado de la ermita. Llenóse su pecho de amargura, y resolvió remediar el mal. Al efecto reunió al Ayuntamiento, y expuso que á la ciudad de Méjico correspondía avivar el culto de la Virgen de los Remedios. Llenos de entusiasmo los miembros de aquella corporación, previo el permiso del Virrey y del Arzobispo, quien les concedió el patronato del santuario, comenzaron un hermoso templo, que notablemente mejorado, es el mismo que hoy existe y que fué dedicado á fines de Agosto de 1575. Los vecinos más caracterizados de Méjico ofrecieron á la milagrasa imagen ricos adornos y no despreciables sumas de dinero.

III

EL SANTUARIO

Consta el santuario de una sola nave de 42 metros de largo por 6,65 de ancho; mas en el crucero llega á catorce metros. El altar es moderno y de elegante aspecto, pintado de blanco con las molduras doradas. Desde las gradas de la mesa del sacrificio se levantan

cuatro airosas columnas que terminan en vistosos capiteles de orden corintio. En el centro está el trono ó *ciprés*—como lo llaman en Méjico—de la santa imagen. Ésta, aunque de talla, está vestida con ricos vestidos de seda recamados de oro. En la cabeza ciñe brillante corona, y al rededor del rostro tiene un adorno de oro cuajado de perlas finas. En el brazo derecho ostenta un cetro con brillantes, que le colocó el Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera el 8 de Septiembre de 1902, celebrando de pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Arizona (Estados Unidos). En el pecho luce un adorno de perlas. Á sus plantas brilla media luna de oro. En el brazo izquierdo sostiene á su divino Hijo que ciñe corona y en la mano ostenta á manera del globo terrestre un rico brillante.

El presbiterio está más elevado que el cuerpo de la iglesia y tiene un hermoso barandal de bronce dorado para el comulgatorio. Á los lados del crucero se levantan dos sencillos altares; el uno dedicado al protomártir mejicano San Felipe de Jesús, y el otro á la más pura flor de América, Sta. Rosa de Lima. Detrás del altar mayor hay espacioso y decente camarín por donde se puede subir á venerar la imagen. Fué construído á expensas del oidor D. Francisco Fernández de Marmolejo y su esposa, poco después de la dedicación del santuario.

Como á causa del trascurso de los tiempos los muros estaban muy denegridos, el actual vicario, D. Juan Hernández Becerra, los ha pintado por sí mismo con notable buen gusto; á él se debe también la pintura y dorado del altar mayor. En la tribuna hay órgano y armonio, que se emplean en las fiestas solemnes y en los días de romerías.

En el pavimento, frente al púlpito, yace una lápida de piedra con una inscripción que dice así: «Éste es el verdadero paraje donde fué hallada la Santísima Vir-

gen, debajo de un magüey, por el cacique D. Juan del Águila Tobar el año 1540, donde le dijo que la buscase en las veces que se le había aparecido. Año 1796».

El año 1754 el santuario fué agregado á la Basílica de Letrán, y el 16 de Junio de 1902 se le erigió en vicaría fija ó, lo que viene á ser lo mismo según la práctica de la Archidiócesis, en parroquia.

Próximas al santuario se levantan la casa del párroco y habitaciones holgadas y cómodas para los peregrinos que desean pasar una novena junto á la santa imagen.

La fiesta principal se celebra anualmente el primer domingo de Septiembre con solemnidad grandiosa, acudiendo millares de fieles de diversos lugares de la Archidiócesis de Méjico; Casi todos ellos recorren á pie por espíritu de penitencia el trayecto que hay desde la estación de Naucalpan hasta la cima de Totoltepec, donde se encuentra el santuario, á pesar de que existe una regular carretera, cuyo trayecto á pie dura sobre cuarenta minutos

IV

TRASLACIONES DE LA VIRGEN Á LA CATEDRAL

Hemos dicho que Nuestra Señora de los Remedios ha sido en todas épocas el amparo y consuelo de la ciudad de Méjico. De su Santuario es trasladada en las calamidades públicas á la catedral, donde se le ofrece devotísimo novenario. Notables fueron los traslados verificados en 1577 con motivo de una epidemia que diezmaba la capital; en 1597 y 1616 por la falta de aguas; en Abril de 1809 y en 11 de Mayo de 1810 (1) con el fin de

(1) En esta ocasión permaneció tres meses en Méjico, pues un rayo derribó la mitad de la torre del santuario de Totoltepec y

implorar de ella su socorro en favor de las tropas españolas contra los ejércitos de Napoleón.

En tiempos en que las leyes permitían el culto por las calles, el traslado de la veneranda imagen era un acontecimiento, todo el pueblo se conmovía. Estaba ya aprobado el ceremonial con que debía ejecutarse, el cual, conforme un escritor del presente siglo, era de esta manera:

«Concedida por el superior gobierno la licencia necesaria, dos capitulares eclesiásticos y dos caballeros regidores la trasladaban en un coche hasta la parroquia de la Santa Veracruz, habiendo otorgado antes escritura los dos primeros en nombre de su cabildo á favor del secular que obtenía el patronato del santuario, de que volvería á él la imagen concluído el tiempo de nueve días. Por todas las parroquias y conventos de religiosos que había en el camino, se entonaba la Letanía y Salve acompañándola desde su salida una multitud innumerable de gentes de todas clases, en coches, á caballo y muchísimas á pie, sin que jamás se hubiese verificado el más leve desorden ó desgracia, ocupándose todos generalmente en rezar el rosario á coros ó en cantar alguna letrilla devota.

»Al día siguiente se juntaban en la citada iglesia parroquial de la Santa Veracruz todas las parcialidades de los indios, presididas por sus alcaldes y gobernadores, las cofradías, hermandades y demás órdenes con sus guiones y estandartes, representaciones de las comunidades religiosas de padres belemitas, de la caridad

las bóvedas, cuya reparación duró noventa días. Se la llevó por las diversas iglesias de la ciudad predicándose ochenta y ocho sermones y pronunciándose millares de poesías alegóricas. En los números del 12 de Mayo al 16 de Agosto de la gaceta de Méjico de aquel año se hallan los pormenores de tales solemnidades religiosas.

de San Hipólito, de los hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, de las órdenes regulares de Nuestra Señora de la Merced, del Carmen Descalzo, de San Agustín, de San Francisco, en la que iban unidas sus cuatro familias, y de Santo Domingo, cada una con cruz alzada y ciriales. Organizada en esta forma la procesión, presidíala el preste con sus ministros revestidos de ornamentos morados. Seguía la Archicofradía de Nuestra Señora de los Remedios, compuesta de los principales miembros de la nobleza, y cuyo instituto era solicitar y promover el mayor culto de la Santísima Virgen. Luego caminaba todo el clero secular revestido de sobrepelliz, precedido de la Cruz de la Catedral, á la cual seguían todos los miembros del coro de la misma Santa Iglesia entonando las letanías de los Santos, y últimamente en el centro del cabildo eclesiástico era llevada la imagen bajo palio y en hombros de sacerdotes del mismo clero, yendo delante gran número de niños de ambos sexos vestidos de ángeles, ó á la española antigua, ó á manera de los nobles mejicanos, los cuales esparcían por toda la carrera claveles, rosas, amapolas y otras flores de que en todo tiempo abunda este fertilísimo país; cerraba la procesión el Ilmo. Sr. Arzobispo, ó en su defecto, la primera dignidad del coro asistido de sus ministros, también con ornamentos morados.

»A la procesión seguían inmediatamente el acompañamiento de los tribunales, Real y Pontificia Universidad bajo sus mazas y llevando sus individuos las ínfulas de los respectivos grados, la nobilísima ciudad igualmente bajo mazas, en cuyo cuerpo se daba lugar á toda la nobleza y jefes militares y de oficinas; después el Real Tribunal de Cuentas, y Real Audiencia, á quien presidía el Excmo. Sr. Virrey, y últimamente una compañía de granaderos de infantería y otra de caballería.

»Luego que la santa imagen llegaba al umbral del

templo de donde salía, se hacía salva en la plaza mayor con quince tiros de cañón; la misma se repetía cuando ya estaba en mitad de la carrera, y por tercera vez al entrar por la puerta principal de la Catedral. En ella terminaban las Letanías con las preces correspondientes á la necesidad, por que se había traído la santa imagen, y al día siguiente inmediato comenzaba el novenario de misas cantadas solemnes con asistencia en el primero y último del Virrey, magistrados y tribunales referidos: y por las tardes, finalizado el coro, turnaban por antigüedad las comunidades religiosas en cantar la Salve y Letanía Lauretana.

»Concluído el novenario, se ordenaba la procesión en la misma forma, sin más diferencia que usarse en esta ocasión del color blanco en los sagrados ornamentos; y seguida de las clases del estado y nobleza, y con iguales anuncios de la artillería, se trasladaba á la citada parroquia de la Santa Veracruz, de donde á las siete de la mañana siguiente era conducida á su santuario como antes lo había sido á Méjico: allí los dos capitulares eclesiásticos que habían recibido la santa imagen, hacían de ella entrega á presencia de los caballeros regidores, y se cancelaba la escritura otorgada».

Autoridades.—*Historia de Nuestra Señora de los Remedios* por el R. P. Fr. Luis de Cisneros, Méjico, 1621.—*Origen de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios de Méjico* por el P. Francisco Florencia S. J. Se imprimió por primera vez en Méjico y se hizo segunda edición en Sevilla, 1745. —*Lo máximo en lo mínimo. La portentosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios* por D. Ignacio Carrillo y Pérez, Méjico 1810.—El P. Calvillo escribió en 1810 un opúsculo sobre la materia y un sermón con interesantes noticias al fin. —Veytía en sus *Baluartes de Méjico*, 1821.—Estas obras son rarísimas. Únicamente he podido hojearlas en la Biblioteca Nacional.